

ERODING FRANCO

La huella ambiental
del franquismo en España

JORDI JON

Fotógrafo documental y periodista
creativo, cofundador de MÓN,
organización de periodismo visual
centrado en el cambio climático y autor
de Eroding Franco

‘Eroding Franco’ es un viaje entre el pasado y el presente, donde a través de archivos históricos y fotografía contemporánea, este proyecto de periodismo visual revela cómo las decisiones del franquismo erosionaron no solo la tierra, sino también la memoria colectiva. El impacto ambiental de un modelo de desarrollo insostenible, basado en la explotación desmesurada de recursos, sigue vivo hoy en las costumbres y estructuras de un país al borde de la desertificación. Mirar hacia atrás es entender que solo así podremos transformar el futuro.



Página anterior: Reflexión sobre el Cristo de Monteagudo, erigido a 5 km de la ciudad de Murcia en 1926 sobre un castillo islámico histórico, comisionado por la Iglesia durante la dictadura de Primo de Rivera como símbolo de supremacía cristiana. Fue destruido en la Guerra Civil por fuerzas republicanas, emblemático de los sentimientos seculares y anticlericales republicanos, opuestos a la alianza de la Iglesia con los nacionalistas.

Tras la guerra, en la era de Franco, se ordenó su reconstrucción en 1951 para afirmar el compromiso del régimen con valores católicos centralizados, entrelazando revival religioso y recuperación nacional bajo el franquismo. Como centinela contra el cielo, revela la narrativa silenciada del Sureste: un retrato tejido con fe ferviente y el sufrimiento de la naturaleza. Pese a su pasado controvertido, sigue siendo atracción turística en el Sureste.

Monteagudo, abril de 2024 © Jordi Jon.

El 'milagro económico' franquista basó su crecimiento en turismo masivo, agroindustria intensiva y la construcción de grandes infraestructuras, sin considerar el costo ambiental

La dictadura de Francisco Franco (1939-1975) dejó cicatrices profundas en la sociedad española: víctimas, represión, exilio y un pesado silencio que durante décadas ocultó la memoria histórica. Pero la herencia del franquismo no es solo política o social; también es ambiental. Los paisajes de España cuentan hoy una historia menos evidente de aquel régimen: costas plagadas de hoteles, embalses que anegaron pueblos enteros, mares de plásticos agrícolas y montes repoblados con monocultivos. Este es el enfoque de 'Eroding Franco', una exposición fotográfica y proyecto de periodismo visual que conecta la crisis actual de desertificación en España con las decisiones tomadas durante el franquismo. A continuación, profundizamos en esta relación desde una perspectiva política, medioambiental y filosófica, desvelando cómo el modelo de desarrollo impulsado por la dictadura erosionó tanto la tierra como la memoria.

El «milagro español» y sus pilares de desarrollo

Tras la Guerra Civil, el régimen franquista buscó modernizar la economía a toda costa, especialmente a partir de los años 50 y 60. España pasó de la autarquía de posguerra a la apertura del llamado «milagro económico» (1959-1974), un periodo de rápido crecimiento (Carr, 1982). Los tecnócratas del régimen promovieron tres pilares econó-

micos: el turismo de masas, la agroindustria intensiva y la construcción de infraestructuras. Estas actividades fueron vistas como la vía para salir de la pobreza y proyectar una imagen de progreso. Sin embargo, este modelo de desarrollo se implantó priorizando el crecimiento económico por encima de cualquier consideración ambiental y humana, sentando las bases de muchos problemas ecológicos actuales.

Desde entonces, España se convirtió en la huerta y el resort de Europa. Un lema que resume un legado dual: por un lado, somos la huerta por la enorme producción intensiva de frutas y hortalizas para exportación; por otro, el resort por haber orientado vastas zonas del litoral al turismo de sol y playa, convirtiéndonos en el referente de turismo de masas de occidente. La agricultura intensiva y el turismo masivo -con la construcción de infraestructuras y residencias como pieza inseparable de este modelo- siguen representando en conjunto una parte sustancial de la economía española en el siglo XXI, superando en algunos cálculos el 25 % del PIB. Pero ambas actividades conllevan un alto impacto ambiental, especialmente en un país con climas semiáridos donde el agua es también un factor histórico de desigualdad: en regiones como Cataluña y Andalucía, los turistas pueden consumir entre 400 y 1.000 litros al día, mientras los residentes apenas disponen de 133 litros diarios para su uso cotidiano (Florido-Benítez, 2024).



Franco murió hace 50 años, pero los patrones de uso del territorio que su régimen consolidó permanecen. Más allá de la represión y la propaganda, el franquismo inculcó «una determinada relación entre la sociedad y la naturaleza»: la tierra como recurso a explotar sin miramientos. Esa cultura de la destrucción y desinterés por el entorno se normalizó durante décadas de crecimiento, dificultando hasta hoy cuestionar ese modelo. Entender las raíces históricas de esta mentalidad es crucial para afrontar los retos ambientales presentes.

Turismo masivo: sol, playa y agua desbordada

Si hay un símbolo del «milagro» franquista, es la explosión del turismo de masas en las costas españolas. A partir de los años 60, bajo el eslogan *Spain is different*, el régimen promovió la llegada de millones de turistas europeos en busca de sol y playa baratos. Pequeños pueblos pesqueros como Benidorm o Torremolinos se transformaron en pocos años en ciudades hoteleras repletas de grandes edificios, discotecas y urbanizaciones con piscinas. Este modelo turístico aportó divisas y modernización, pero a un alto coste territorial y ambiental: la franja litoral mediterránea se urbanizó aceleradamente, destruyendo ecosistemas frágiles como dunas y marismas, y generando una economía dependiente de un flujo constante de visitantes.

El agua es el elemento clave tras el brillo turístico. Un turista en España consume, de media, tres a cuatro veces más agua que un residente local, entre piscinas, duchas y campos de golf. España ostenta el récord europeo de piscinas privadas y parques acuáticos, muchos de ellos construidos durante el boom turístico iniciado en los 60. Este modelo de ocio hídrico intensivo resulta insostenible en zonas como el sureste ibérico, que sufren estrés hídrico crónico. El caso de la piscina con forma de mapa de España en Torrevieja, capturada en la exposición 'Eroding Franco', ilustra irónicamente esta contradicción: en un país que se seca, proliferan las piscinas como si el agua fuera infinita.

No solo el paisaje natural sufrió; también el paisaje humano e histórico. En Málaga, por ejemplo, un antiguo campo de concentración de prisioneros republicanos en Torremolinos fue reconvertido, décadas después, en un parque acuático (Aqualand). En ese mismo lugar, donde hubo sufrimiento y represión, hoy solo se oyen risas y chapuzones, sin ninguna placa que recuerde su pasado. La transformación de un campo de prisioneros en centro de ocio resume la filosofía del desarrollismo franquista: mirar hacia otro lado respecto al pasado incómodo, mientras se impulsa un presente orientado al consumo. La memoria histórica fue literalmente sepultada bajo toboganes, reflejando una falta de duelo colectivo por los espacios de dolor. Filosóficamente, cabe preguntarse:

Archivo: 'Tourism and the Environment' de James J. Parsons, 1973. Cabo Cope, uno de los últimos enclaves vírgenes de la costa mediterránea española, marca el inicio de 'Eroding Franco'. Este paisaje actúa como umbral entre pasado y presente: un espacio inalterado que resiste el legado del desarrollo descontrolado que transformó España durante el franquismo. Desde el boom económico de los 1960 hasta hoy, el impulso por el progreso ha priorizado el turismo masivo, alterado ecosistemas y borrado conexiones culturales con la tierra. Cabo Cope invita a reflexionar sobre la escala de esta transformación un raro fragmento de lo que fue el Mediterráneo y un punto de partida para cuestionar el costo del crecimiento incesante. Calnegre, noviembre de 2019 © Jordi Jon.



Mientras el sol se oculta en el horizonte, turistas se congregan para disfrutar del cautivador espectáculo de Benidorm. Antes un humilde pueblo pesquero, la ciudad fue transformada radicalmente durante el franquismo con la visión de crear un polo turístico costero. Décadas después, es el epicentro español del turismo masivo y un proyecto de megalomanía urbana. Benidorm, junio de 2022 © Jordi Jon.

¿Puede construirse un futuro sostenible si olvidamos los costos humanos y ambientales de nuestro pasado?

Agroindustria intensiva: de la autarquía al Mar de Plástico

El campo español también fue objeto de ingeniería económica durante el franquismo. Tras la guerra, la política de autarquía (auto-suficiencia) llevó a extensas campañas de repoblación forestal y a proyectos de irrigación a gran escala para aumentar la producción agrícola. Más adelante, en los 60, con la apertura de mercados, España se orientó a ser exportadora de productos hortofrutícolas. El resultado histórico es la conversión de amplias zonas rurales en polígonos agroindustriales, donde la agricultura tradicional dio paso a monocultivos intensivos en agua, fertilizantes y plásticos.

Uno de los ejemplos más llamativos es el Campo de Dalías, en Almería, hoy conocido como el Mar de Plástico. A partir de los años 60, en pleno franquismo, se impulsó en esta comarca árida un modelo pionero de invernaderos de plástico para cultivar hortalizas fuera de temporada. Lo que comenzó casi experimentalmente bajo la tutela del Instituto Nacional de Colonización se ha convertido, seis décadas después, en el mayor conjunto de invernaderos del mundo, con más de 30.000 ha. cubiertas por plástico blanco. Desde el aire, esta in-

mensa extensión reluce bajo el sol, reflejando la luz como un mar artificial.

El impacto ambiental de este tipo de agroindustria es severo. La cobertura del suelo con plástico altera el microclima, genera montañas de residuos difíciles de gestionar y contamina el suelo y el agua con químicos agrícolas. Bajo los plásticos de Almería se ocultan tierras erosionadas por décadas de sobreexplotación y salinización de acuíferos. Además, la apuesta por monocultivos intensivos dejó a muchas comunidades rurales dependiendo de un solo cultivo o de empresas agrarias, rompiendo el equilibrio tradicional entre el ser humano y su entorno. Se pasó de paisajes de huerta variada, bosques y dehesas, a paisajes uniformes orientados a la máxima productividad.

Embalses y cemento: pueblos bajo el agua, montes incendiarios

Para sostener el boom turístico y agrario, Franco desplegó otra pieza clave: un colosal plan hidráulico y de obras públicas. El régimen construyó cientos de presas y embalses en ríos de toda España, vendiendo la idea de "domar el agua" para el desarrollo. Embalsar significaba asegurar riego para nuevas tierras de cultivo, producir electricidad para fábricas y proveer agua potable a las crecientes urbes y polos turísticos. Estas infraestructuras, presentadas como conquistas de la modernidad, ocultaban sin embargo otras realidades: la destrucción de

valles fértiles y el desplazamiento forzoso de poblaciones enteras.

La proliferación de piscinas privadas y el turismo masivo en costas como Benidorm se convirtió en un símbolo de la contradicción entre crecimiento económico y escasez de agua

valles fértiles y el desplazamiento forzoso de poblaciones enteras.

Unos 500 pueblos fueron inundados total o parcialmente por embalses durante el franquismo. Sus habitantes tuvieron que abandonar sus hogares, a veces con indemnizaciones mínimas, para que el «progreso» pasara por encima. Uno de esos lugares fue Argusino de Sayago (Zamora), sumergido en 1967 bajo las aguas del embalse de Almendra. Hoy, los ancianos que vivieron allí conservan la memoria de su pueblo perdido; incluso existe una asociación, Argusino Vive, que lucha por mantener vivo el recuerdo. Historias similares se repiten en toda la geografía: el embalse de Mediano (Huesca) cubrió un pueblo cuyo campanario asoma sobre las aguas en épocas de sequía, convirtiéndose en símbolo fantasmagórico; el

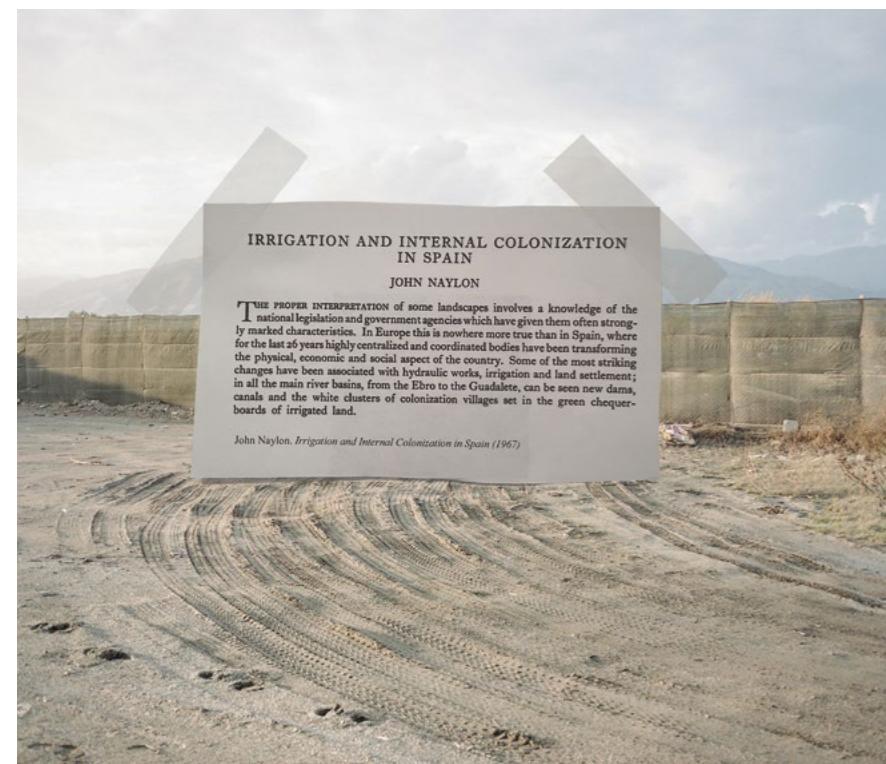


Piscinas en apartamentos turísticos de Torrevieja, una ciudad en el sureste de la Península Ibérica, bajo estrés hídrico. A pesar de la creciente desertificación y escasez aguda de agua, España paradójicamente tiene uno de los ratios más altos de piscinas per cápita del mundo: una por cada 35 habitantes. Torrevieja, julio de 2023 © Jordi Jon.

tas de la memoria, organizando encuentros anuales en las orillas de los embalses para recordar lo que hubo allí.

La construcción desaforada bajo el franquismo no se limitó al agua. También se explotaron intensivamente canteras, minas y montes para obtener materias primas con las que levantar ciudades, polígonos industriales y carreteras. Por ejemplo, la comarca de Macael (Almería) vio expandirse enormes canteras de mármol -públicas desde 1947- para surtir la voraz demanda de obra durante el «milagro» económico (García-Guinea, 2012). Estas canteras, activas desde tiempos romanos, crecieron como nunca bajo el desarrollismo, dejando cicatrices blancas en las sierras. En el centro de España, la construcción de viviendas, hoteles e infraestructuras empezaron a devorar la costa mediterránea durante los años 60 y, más tarde, en la burbuja inmobiliaria de principios de los 2000 (otro eco de la misma visión cimentadora del progreso que hemos heredado).

Mención especial merece la política forestal del régimen. Desde los 40 se emprendieron masivas repoblaciones con monocultivos de pinos en montañas peladas por la guerra y la sobreexplotación. A corto plazo, se buscaba retener suelos, producir madera y demostrar capacidad de acción. Sin embargo, aquellas plantaciones uniformes -pino carrasco, pino resinero, etc.- ignoraron la diversidad ecológica. Décadas después,



muchas de esas masas forestales artificiales se han revelado ecológicamente problemáticas: poca biodiversidad, suelos empobrecidos por la acidez de las acículas y, lo más grave, alta vulnerabilidad al fuego. Los pinos arden con facilidad y sus masas homogéneas actúan como pólvora ante las cada vez más intensas olas de calor. Incendios recientes en lugares repoblados en los 50 y 60 muestran cómo aquella solución rápida ha desembocado en un problema mayor. Veteranos guardabosques que participaron en esas repoblaciones cuentan, con tristeza, que ahora les toca gestionar bosques envejecidos, plagados de plagas o arrasados por el fuego recurrente. Es otro ejemplo de hipoteca ambiental recibida del franquismo: bosques aparentemente verdes, pero poco resilientes.

Desertificación: la España árida como legado

Todas estas piezas -turismo intensivo, agroindustria monocultiva, embalses, repoblaciones artificiales- confluyen en un fenómeno que asoma como amenaza existencial para el país: la desertificación. Entendida como la degradación irreversible de la tierra fértil hasta volverse improductiva, la desertificación ya afecta a amplias zonas de España. De hecho, los expertos señalan que gran parte de la culpa recae en nuestras propias acciones: «El principal culpable [de la desertificación] es el ser humano, contaminando tierra, agua y aire en un punto del planeta en el que escasean las lluvias» (Ávila, 2017). Un informe del Ministerio de Medio Ambiente de 2017 advertía que, si no cambian las tendencias climáticas y de uso del suelo, el 80 % del territorio español estará en riesgo de convertirse en desierto para el año 2100. Tres millones de hectáreas que hoy son semiáridas podrían volverse totalmente áridas a finales de si-

Archivo: Irrigation and Internal Colonization in Spain, John Naylor, 1967.
Fondo: Invernaderos del Mar de Plástico en Adra, el mayor complejo de invernaderos del mundo, que ha transformado el paisaje y creado un microclima artificial, con impactos duraderos en ecosistemas, agua y suelos.
Adra, noviembre de 2019 © Jordi Jon.

En Almería, el Mar de Plástico es el legado de una agricultura intensiva que surgió bajo el franquismo, con monocultivos que alteran el clima y contaminan el suelo

glo. Es una proyección alarmante, pero no sorprendente si miramos el mapa: buena parte del sureste peninsular, de Murcia a Almería, pasando por La Mancha y Extremadura, ya sufre sequías crónicas, erosión severa y abandono rural.

¿Por qué España es especialmente vulnerable? El cambio climático ciertamente juega un papel: las temperaturas en la cuenca mediterránea suben por encima de la media global y las precipitaciones se concentran en episodios torrenciales separados por largos períodos secos. Pero la acción humana histórica es igual o más decisiva. Cuando un territorio ha perdido su capa vegetal por deforestación o sobrecultivo, cuando sus acuíferos están sobreexplotados y sus suelos salinizados, entonces basta que llueva de golpe para que el agua no penetre y arrastre la tierra fértil pendiente abajo. Esto genera riadas de lodo -como las

que provoca la gota fría en Levante cada fin de verano- y deja tras de sí campos estériles. Al siguiente año, con menos tierra fértil, la vegetación se recupera peor, agravando un ciclo de degradación.

El franquismo, con su paradigma productivista, aceleró estos procesos de degradación. Por ejemplo, al convertir valles completos en regadíos intensivos, se talaron bosques de ribera y se araron laderas marginales, haciendo el paisaje más vulnerable a la erosión. Al extender el modelo de monocultivo (sea de pinos, trigo o tomates), se rompió el mosaico de usos del suelo que tradicionalmente equilibraba los ecosistemas mediterráneos. Y al despoblar muchas áreas rurales (por migración a ciudades industriales), se abandonaron terrazas de cultivo y bancales que llevaban siglos conteniendo la erosión en las laderas. Es decir, se perdió no solo cubierta vegetal, sino también el conocimiento campesino de cómo manejar la tierra de forma sostenible. La desertificación es tanto un fenómeno biofísico como un proceso cultural: cuando un territorio se olvida y se deja degradar, se está perdiendo también la memoria de ese paisaje.

De hecho, el proyecto explora cómo «la desertificación también es la erosión de la memoria». En la exposición 'Eroding Franco', una de las fotografías muestra a un grupo de personas de pie junto a lo que parece la orilla de un lago. En realidad, están en la orilla de un embalse que



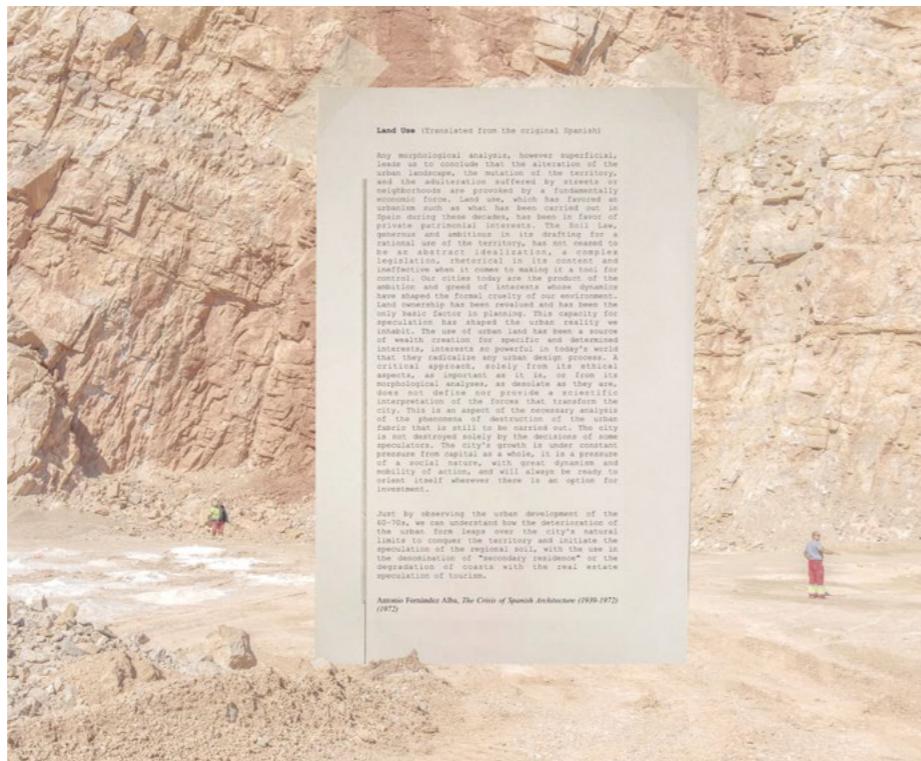


cubre su antiguo pueblo llamado Argusino de Sagayo; son los últimos testigos vivos de aquella aldea anegada. Teresa explica que, en épocas de sequía, puede ir a visitar a su madre al cementerio. Historias que el paisaje, por sí solo, ya no cuenta: bajo esas aguas quietas hubo calles, campos, vidas y espiritualidad. Si esas personas desaparecen sin transmitir su relato, el olvido será completo y el sitio será solo un pantano. Lo mismo ocurre con tantos otros parajes: un pinar uniforme donde antes hubo bosque autóctono y pastos compartidos por ganaderos; un complejo turístico donde antes existió un humedal lleno de aves y leyendas locales; un mar de plástico donde antaño familias enteras trabajaban la tierra con métodos tradicionales. Cuando cambia radicalmente el uso del suelo, suele transformarse también la población y sus costumbres, y con ello, los recuerdos comienzan a desvanecerse en una cadencia incierta de olvido.

Naturaleza y memoria: hacia una visión integral

Harlar de memoria democrática en España suele remitir a fosas comunes, archivos históricos, lugares de la represión o símbolos franquistas aún presentes. Sin embargo, la memoria ambiental debería incorporarse también a ese marco de memoria histórica. La relación entre paisaje y poder es estrecha: los regímenes autoritarios a menudo moldean el territorio según sus objetivos, y el franquismo no fue la excepción. Otro pantano inaugurado con boato por el dictador, otra línea de playa privatizada de facto por un hotel estatal, cada plan de «colonización» agrícola, llevaban impreso un sello ideológico: «la victoria de la voluntad humana sobre la naturaleza y la exhibición de la capacidad del régimen para traer el 'progreso'». Entender esto nos permite leer el territorio como un documento más de la época, donde los embalses, las urbanizaciones o las minas son tan reveladoras como los monumentos o los archivos oficiales.

Por otro lado, la filosofía de «tierra como madre» versus «tierra como objeto» (Vargas, 2016) subyace a muchas decisiones históricas. Tradicionalmente, comunidades ru-



Archivo: La Crisis de la Arquitectura Española (1939-1972) de Antonio Fernández Alba, 1972. Durante más de cuarenta años, la cantera de Alcover en Tarragona suministró piedra caliza, combinando el progreso industrial con el desafío de restaurar el paisaje natural de la región del Alt Camp. Sus materiales contribuyeron a obras de ingeniería civil, manteniendo viva una tradición que une la naturaleza con la construcción. Alcover, mayo de 2021 © Jordi Jon.

El modelo de desarrollo del franquismo, basado en la explotación intensiva, convirtió a España en la huerta y el resort de Europa, pero a costa de su sostenibilidad



Turismo masivo bajo el cielo nocturno en Costa de la Calma. Tumbonas vacías rodean una piscina tranquila, esperando la próxima oleada de turistas, incluso en octubre -la llamada temporada baja de Mallorca-, cuando las temperaturas diurnas aún rondan los 25 grados Celsius. Nota que el polvo visible en la escena es en realidad la arena de la playa cercana, adyacente al hotel y la piscina. Costa de la Calma, octubre de 2024 © Jordi Jon.

rales veían la tierra como fuente de sustento y parte de su identidad (de ahí expresiones como «no tenemos otro modo de ganarnos la vida como país» fuera del trípode turismo-construcción-agricultura intensiva. Esta creencia es en sí misma parte de la herencia intangible del franquismo, una erosión del espíritu emprendedor y sostenible, que nos hace difícil imaginar alternativas económicas más verdes o equilibradas.

Hemos heredado la creencia limitante de que «no tenemos otro modo de ganarnos la vida como país» fuera del trípode turismo-construcción-agricultura intensiva. Esta creencia es en sí misma parte de la herencia intangible del franquismo, una erosión del espíritu emprendedor y sostenible, que nos hace difícil imaginar alternativas económicas más verdes o equilibradas.



'Mi madre está bajo el agua', dice Teresa, nacida en Argusino antes de mudarse a Bilbao, refiriéndose al cementerio sumergido. Junto al pantano, exresidentes de Argusino -un pueblo castellano inundado por el embalse de Almendra- se reúnen para recordar su hogar perdido. Nacidos entre los 1930 y 1950, son la última generación que vivió allí antes de su inundación en 1967 por políticas franquistas. Argusino, julio de 2024

© Jordi Jon.

Reconocer la huella ambiental del franquismo no significa atribuir todos los males ecológicos a ese periodo histórico -el desarrollismo continuó en democracia y muchos problemas son globales-, pero sí es imprescindible para comprender la raíz de ciertas inercias. También aporta justicia histórica: así como dignificamos a las víctimas humanas del régimen, debemos dar voz a los «paisajes víctima», a esas geografías maltratadas en nombre del progreso. Muchas zonas rurales de España son periferias olvidadas cuya degradación comenzó entonces. Incorporar sus historias al relato de la memoria democrática ampliaría nuestra empatía ecológica y social.

Releer el pasado, transformar el legado: hacia un futuro sostenible

‘Eroding Franco’ propone una mirada que combina fotografía documental, investigación histórica y conciencia medioambiental. Al yuxtaponer postales turísticas de los 60 con imágenes actuales de costas erosionadas, o archivos científicos de la época (Hammond, Parsons, Naylor...) con historias contemporáneas que confrontan la continuidad entre aquel pasado y nuestro presente. Si la desertificación y la crisis ecológica son el

precio de aquel modelo de desarrollo, cabe preguntarse por qué seguimos por el mismo camino.

España se encuentra en una encrucijada climática y económica. Por un lado, es uno de los países europeos más amenazados por el cambio climático: sequías, olas de calor, incendios e inundaciones ya son titulares cada año. Por otro, sigue basando gran parte de su PIB en actividades que consumen territorio y agua de forma insostenible. Mirar atrás nos proporciona un espejo: el desarrollismo franquista mostró un poderoso impulso de transformar la naturaleza, pero también los límites de ese enfoque. Hoy, a la luz de una sólida base de evidencias científicas, pasadas y presentes, resulta evidente que aquel modelo de desarrollo, centrado exclusivamente en el beneficio inmediato, nos conduce a una precariedad estructural a largo plazo: un espejismo de prosperidad que hipoteca el futuro económico, social y ecológico de España.

La esperanza reside en que, igual que un terreno erosionado puede regenerarse con esfuerzos adecuados (reforestación con especies autóctonas, agricultura ecológica, turismo sostenible, etc.), una sociedad puede recuperar la memoria y la sensatez. Integrar la memoria ambiental en la

En estos frascos de vidrio yace un pequeño catálogo de criaturas arrancadas de su hábitat natural para preservarse en alcohol. La culebra de escalera, la salamandra común, la ranita meridional, la tortuga de Florida, la tortuga europea de estanque y el sapo partero ibérico son vestigios de ecosistemas sacrificados por carreteras, hoteles, urbanizaciones y la expansión de un paisaje herido. Sus hábitats, desmantelados por el afán de crecimiento incesante, desaparecen de un mapa que se reinventa borrando la vida compartida del pasado. Esta fila de especies marca un sacrificio: el precio del progreso, que sigue escribiendo sin pausa la historia de lo perdido.

Madrid, septiembre de 2024.



No podemos desligar la justicia histórica de la justicia ambiental: van de la mano en la construcción de un futuro más justo y habitable

educación y la cultura es un paso para no ahondar en los errores. Por ejemplo, convertir antiguos campos de concentración en espacios de memoria, en vez de parques acuáticos, enviaría un mensaje poderoso de reconciliación con la historia y su hábitat. Apoyar a las comunidades locales para diversificar economías rurales más allá del monocultivo o del turismo estacional ayudaría a restaurar paisajes y tejido social al mismo tiempo.

En definitiva, enfrentar la erosión -tanto la del suelo como la de la memoria- es un imperativo ético y práctico. No podemos desligar la justicia histórica de la justicia ambiental: van de la mano en la construcción de un futuro más justo y habitable. Este legado en el territorio español nos sirve de advertencia y de aprendizaje. Reconocerlo es el primer paso para

dejar de replicar sin crítica las huellas de un régimen y empezar a sanar la tierra y la sociedad que habitamos, con memoria, con responsabilidad y con imaginación para un porvenir diferente.

BIBLIOGRAFÍA:

Ávila, A. (2017, April 17). Siempre que los expertos avisamos del riesgo de desertificación, llegamos en un mal momento (entrevista a J. Martínez Valderrama). elDiario.es. https://www.eldiario.es/andalucia/enclave_rural/mejor-ambiente/agricultura-victima-verdugo-desertificacion_128_3466203.html

Florido-Benítez, L. (2024). Water consumption inequalities between tourists and residents in semi-arid regions of Spain. *Applied Sciences*, 14(16), 7125. <https://doi.org/10.3390/app14167125>

Carr, R. (1982). Spain, 1808-1975 (2nd ed.). Clarendon Press. <https://archive.org/details/spain1808197502edcarr>

Clar, E. (2018). The political economy of Spanish agriculture: From Francoism to the present. *Journal of Agrarian Change*, 18(2), 456-474. <https://doi.org/10.1111/joac.12220>

García-Guinea, J., Martínez-Frías, J., & Delgado, A. (2012). Mármol de Macael: Historia, usos y patrimonio geológico. In *Patrimonio geológico y minero: Identidad y motor de desarrollo* (pp. 65-78). Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero.

Vargas Morales, M., Vidal Castillo, M., & Retamosa, M. (2016). Una mirada interdisciplinaria impulsora de la salud ecosistémica. *Research, Society and Development*, 3(2), 154-187. <https://doi.org/10.17648/rsd-v3i2.49>